

BORDAR EL DESBORDE
BORDADORAS DE ISLA NEGRA
MUSEO NACIONAL DE BELLAS ARTES
Fernando Pérez Oyarzun
30 08 2019

Autoridades de la Universidad de Chile, representantes de la Fundación Eladio Sobrino Isla Negra, queridas bordadoras, amigas y amigos.

Muy buenas noches y una cordial bienvenida a todos quienes nos acompañan en una ocasión tan significativa como es ésta para el Museo Nacional de Bellas Artes y consecuentemente para el Ministerio de las Culturas las Arte y el Patrimonio.

El bordado constituye a mi parecer un mundo con entidad propia. Su historia se pierde en la noche de los tiempos. Se dice que se remonta a Babilonia y tal vez existía aún antes de dicha civilización. Asumiendo diversas formas y técnicas, el bordado ha ido atravesando tiempos y culturas. Asociado a las habilidades femeninas que sin duda lo han dominado en nuestra era, fue también por momentos parte de la educación masculina y se recupera hoy como una práctica en la que grupos de hombres también se interesan. En nuestra América, se asocia al arte textil que constituyó una suerte de culminación del pensamiento y la cultura precolombinos.

En nuestro país, especialmente en zonas rurales, el bordado se conservó como una práctica asociada a la vida cotidiana, como un modo de hacer trascender a un ámbito estético los objetos que la acompañan y con ello, esa misma vida. Todavía y desde hace siglos, ha sido practicado en los monasterios como ocurrió con cerámicas y productos gastronómicos especialmente de dulcería durante la colonia.

La categoría de lo popular muchas veces vista como opuesta a la idea de culto o profesional o asociada a artes supuestamente menores son como las artesanías, oculta muchas veces complejos procesos por los cuales se transmiten y se conservan saberes, tradiciones, haceres e imágenes del mundo que, en conjunto, configuran nuestra cultura. Cuando el compositor húngaro Béla Bartok o nuestra Violeta Parra recogían y grababan antiguas canciones populares, en zonas rurales, tenían consciencia de estar tocando algo vivo y significativo; de estar entrando en un terreno que guardaba conocimientos y prácticas ancestrales, parcialmente olvidadas, pero nunca abandonadas del todo. En algunos casos esas mismas tradiciones tendrían la capacidad de renovar las propias prácticas artísticas, como ocurrió de hecho con Bartok, con Violeta y con tantos otros.

El bordado, al menos en su versión manual, no industrial, exige a una relación con el tiempo de producción. También con un hacer cuidadoso y laborioso; con la construcción paciente, como aquella que se levanta ladrillo a ladrillo, piedra a piedra y, en este caso, puntada a puntada. Es de esa asociación con el tiempo de donde el bordado obtiene parte de su valor y es por ello mismo que se vincula a la reflexión y hasta se le atribuyen cualidades terapéuticas.

En este contexto el Museo Nacional de Bellas Artes recibe con gusto y con orgullo la exposición Bordar el Desborde, que recoge trabajos del colectivo femenino que se ha consagrado bajo el nombre de Bordadoras de Isla Negra. Surgido hace medio siglo en esa suerte de república costera regido por la figura de Pablo Neruda, las bordadoras fueron reconocidas muy pronto tanto nacional como internacionalmente. De hecho esta exposición hace eco de la que Nemesio Antúnez organizó en el museo en 1969, la que puso a las bordadoras en el centro de la actividad artística. Iniciaron así su andadura internacional y recibieron encargos tan importantes como el tapiz para el edificio UNCTAD, hoy desgraciadamente desaparecido¹. Incluso esta agrupación se constituyó en ejemplo y estímulo para otros colectivos que expresaron, a través de esta técnica, su vida cotidiana, sus dolores y hasta sus aspiraciones políticas.

Fue acaso el rico mundo cromático de estos tapices, la libertad e imaginación de sus formas que a la vez nos llevaban a mundos desconocidos y nos recordaban dominios familiares, lo que fascinó a tantos. En el texto del librito que acompaña esta exposición recordaba la figura del uruguayo francés Isidore Ducase, Conde de Lautréamont. Precursor de vanguardias literarias y artísticas, en pleno siglo XIX, Lautréamont señalaba en uno de sus textos que el arte habría de ser hecho por todos. Esta exposición que desborda los bordados de esta mujeres admirables para ponerlos frente a la vista de tantos visitantes que circulan por el museo es acaso una de las respuestas posibles a ese deseo premonitorio de Lautréamont. Nos habla del mundo secreto y fascinante que todos llevamos dentro y que es capaz de expresarse de manera tan notable como ésta, cuando tiene los medios y la oportunidad. Hoy le damos la bienvenida, le agradecemos la presencia y hacemos votos porque ella fecunde la imaginación y la sensibilidad de todos quienes tengan el privilegio de visitarla.

Gracias a cada una de las artesanas que hoy exponen y a través de ellas a todas quienes han participado de este movimiento. A Leonor Sobrino y a quienes contribuyeron a dar el puntapié inicial a este colectivo de bordadoras, como también Luz Marmentini gestora de este proyecto. A la fundación Eladio Sobrino de Isla Negra. A quienes nos facilitaron generosamente sus piezas. A las curadoras Alejandra Araya y Andrea Durán y al Archivo Central Andrés Bello de la Universidad de Chile. A TVN, que nos facilitó material filmico. Como siempre, a los equipos del museo que han hecho posible este acontecimiento: la coordinación de exposiciones, a los equipos de museografía a la encargada de colecciones, los diseñadores gráficos y todos quienes de manera directa o indirecta, pusieron y pondrán su cuota de apoyo para que hoy inauguramos esta exposición magnífica y ella pueda mantenerse en debida forma durante el tiempo de exhibición. El llamado es a recorrerla, a admirarla, a gozarla.

¹ El mencionado tapiz apareció durante el desarrollo de la exposición, fue restaurado y hoy se encuentra en el lugar al que fue originalmente destinado.